

“GRITARÁN LAS PIEDRAS”

En los Museos Vaticanos, después de subir una escalera mecánica que parece simbolizar la increíble accesibilidad de grandes trozos de historia viva, se llega a un espacio lleno de luz. Es posible caminar hacia cualquiera de los cuatro puntos cardinales. Si se va hacia la derecha, y luego a la derecha otra vez, se entra en una zona sorprendentemente vacía. La finura de concepto de estos museos, que parece confiar en la propia capacidad de percepción del visitante, se manifiesta en que no hay un atiborramiento de indicaciones vanas; éstas son lacónicas y concisas.

A los partidarios del didactismo nunca les parece que haya suficientes explicaciones. Sin embargo, en una época en la que a veces el letrado o el audiovisual explicativo de una obra de arte atrae más tiempo y atención que la obra en sí, hay peligro de que se olvide el hecho elemental de mirar. Para ponerlo en práctica, tal vez uno de los lugares más idóneos del mundo sea éste, el que ocupan los Museos Vaticanos; la elocuencia de sus paredes, patios, pasillos es tal, hasta para la sensibilidad más embotada, que convierte en reduccionista cualquier explicación. En pocos sitios se pone más de manifiesto que aquí que... “gritarán las piedras”.

Las catedrales, los retablos, los mosaicos, se hicieron en una época en la que no había guías turísticas, ni tampoco turistas. Los que acudían eran fieles; analfabetos en su mayoría. No había letrado explicativo de la iconografía de un retablo; y sin embargo todos lo comprendían. Por supuesto, el que hoy no sea así se debe en parte a que hemos perdido muchos conocimientos y el sentido de los símbolos. Pero otra gran parte, acaso mayor, de esta incompreensión está causada por la pura inercia, por el no molestarse en fijar la vista sobre lo que no tenga un letrado explicativo; se da por tan descontado que no se va a saber lo que es, que ni se hace el mínimo esfuerzo de probar.

Esta sala espaciosa y solitaria de los Museos Vaticanos –el “Pío Cristiano”–, llena de sarcófagos de los primeros siglos de nuestra era, es un ejemplo impresionante de todo lo que se puede aprender simplemente mirando. Por eso, antes de dar datos sobre el arte paleocristiano, que se encuentran en muchos libros, tal vez sea de interés, por el momento, algo más elemental: reconstruir el proceso por el cual una persona media (es decir, con poca formación religiosa, y que de la Biblia sólo conozca el Evangelio y los pasajes más destacados del Antiguo Testamento), puede llegar a comprender, sólo mirando y deduciendo, tantas cosas. Lo que nunca le explicaron con palabras se lo comunican, a viva fuerza, las piedras.

Lo primero que se ve, entrando en la pared de la izquierda, son frontales de sarcófagos, con escenas esculpidas en mármol, de aire muy primitivo. Este es el punto en el que el visitante apresurado, ansioso de algo “espectacular”, pasa de largo; y el curioso, con la intuición de que ahí puede hallar algo que conecte consigo mismo, se detiene. Son escenas de la Natividad; de manera muy esquemática, muy ingenua, se representa a los tres Reyes Magos, uno detrás de otro, cada uno con su ofrenda ante la Virgen y el Niño. Aparecen por la derecha o por la izquierda, según el frontal; derechos, levantando los brazos con sus ofrendas con cierto aire marcial, o bien inclinándose. Unos esculpidos de manera muy rudimentaria, otros algo menos, todos son igualmente reconocibles; ingenuos, solemnes, inequívocos...

La primera impresión del visitante primerizo es de una cierta sorpresa. En una época desmitificadora, a fuerza de oír que las tradiciones y la hagiografía “no hay que tomarlas al pie de la letra”, ¿no se da muchas veces inconscientemente por sentado, incluso entre creyentes, que todo relato sagrado “es leyenda”, que toda tradición antigua “es posterior”? Después de haber oído decir que “ni eran tres, ni eran reyes ni eran magos”, el verlos tan contundentemente esculpidos en un sarcófago del año 300 cuanto menos sorprende. Naturalmente, no “prueba” que así fuera su existencia y su apariencia en el siglo I. Pero sí que hace mil setecientos años, en plena edad antigua, antes de que hubiera casi nada de lo que conocemos como formas externas de la Iglesia, antes de casi todos los Concilios, ya se representaba la escena de la Adoración de los Magos de manera sorprendentemente parecida a la de una tarjeta de felicitación de Navidad hecha en nuestros días por un niño ingenuo: el Niño Jesús en el portal, la paja y las vigas de ese portal, la mula y el buey, y los tres Reyes Magos ofreciendo cada uno un presente.

Estamos al principio de la sala, apenas hemos visto nada, y sin embargo sólo esto, asimilándolo lentamente, es ya un descubrimiento. Al principio es como una anécdota: “Pues, ¡qué antigua es esta iconografía de los tres magos, de la mula y el buey!”. Pero no se trata de que un niño del siglo IV, de familia cristiana, se entretuviera en hacer el mismo dibujo que otro del XXI, para pasar más o menos el tiempo. Estamos ante un sarcófago; ante símbolos tan contundentes como hoy día el crucifijo pegado a un ataúd, y aun muchísimo más, pues no hay comparación posible entre la trascendencia que tenía un sepulcro en el mundo antiguo y en el nuestro. Así pues, lo que provoca la sorpresa, lo más impactante, es que esta dulce escena tenía rango suficiente como para figurar ahí; que fue elegida para velar los restos del cristiano difunto durante siglos y siglos hasta la resurrección del último día.

Si avanzamos por el pasillo, vemos que esta iconografía se repite. Esto despierta algunos recuerdos... “Se postrarán ante ti todos los reyes de la tierra”. A Jesús se le ofrece el oro como Rey, el incienso como Dios, la mirra como Hombre. Cosas oídas alguna vez, de pasada; no se sospechaba que fueran tan trascendentes como para haber sido talladas en mármol a prueba de milenios, custodiando a los difuntos.

Las escenas están mezcladas unas con otras; en una primerísima visión resultan algo difíciles de interpretar, más por esa inercia de no esforzarse, que por dificultad intrínseca, ya que enseguida los escuetos letreros informativos van haciéndose innecesarios, y por sí mismos van identificándose Adán y Eva con el árbol en medio, Moisés recibiendo la ley, Noé en su arca mirando a la paloma con la ramita, Daniel entre los leones, la resurrección de Lázaro, la entrada en Jerusalén, Jesús entre San Pedro y San Pablo, Jonás saliendo de la ballena...

Tan entrelazadas están las escenas, que la paloma de Noé se apoya sobre la cabeza del que mantiene el fuego de los tres jóvenes (los que sin quemarse cantaban “Benedicite, ignis et aestus, Domino...”); y Jesús resucitando a Lázaro parece apoyarse sobre uno de los leones de Daniel. Estos son los llamados sarcófagos de friso continuo, por eso mismo, porque las escenas se agolpan y superponen sin ningún elemento que las separe; y si ya en los del otro tipo (los que presentan columnas para distinguir una escena de otra), ya sorprende la igualdad de rango, la indiferencia cronológica (o, desde nuestro punto de vista, lógica) con la que aparece cualquier episodio del Antiguo Testamento o del Nuevo, en los de friso continuo esto llega a extremos pintorescos. Jonás, con una pierna todavía dentro de la ballena, abraza con las manos la planta que

sembró luego; Isaac arrodillado para el sacrificio, viene a chocar con la jofaina que le preparan a Pilatos; Jesús, curando al paralítico, conversa con interés con la mujer del siglo IV para la que se hizo el sarcófago, y que le pregunta cosas mientras sostiene un libro (“¿Qué pueblo hay que tenga un Dios tan cercano...?”).

Una y otra vez vamos viendo las bodas de Caná y la multiplicación de los panes y los peces; la resurrección de Lázaro, la curación del ciego y la del paralítico, la hemorroísa acercándose a Jesús; todo eso mezclado con escenas del Antiguo Testamento.

Un visitante curioso tal vez quiera algunos datos, algunas nociones, para poder interpretar cosas que se le escapan. Es loable el ser consciente de la propia ignorancia. Pero en este caso es mejor ver primero hasta dónde puede llegar con la sola observación, porque eso no engaña. Las explicaciones de los “expertos”, al estar basadas en lo socioeconómico, y dentro de eso en lo anecdótico, suelen dejar fuera lo principal. Dirán que el cristianismo acomodado de después de Constantino se fue haciendo cada vez más burgués; darán una serie de datos tras los cuales la conclusión final es que un rico se hacía un sarcófago más lujoso que un pobre, y que eso era un indicativo del estatus social. Parece que así todo queda zanjado; sólo quien ha contemplado con asombro la ingenuidad de tan antiquísimo portal de Belén, quien se ha sorprendido de la insistencia en el asunto (que tenía por secundario) de Jonás siendo tragado, y luego expulsado por el cetáceo; sólo quien ha mirado primero, y ha experimentado el choque y el asombro, sólo esa persona puede comprender que la clave de estas piedras parlantes no es que el rico se las hiciera esculpir más finamente que el pobre (lo raro sería al revés); no que con los años las escenas se estereotiparan, el trabajo se hiciera más rutinario, y así a fines del siglo IV el escultor probablemente pensara más en la gracilidad de los pliegues de la túnica de su Moisés sacando agua de la roca, que en el temor que debía inspirarle la fuerza del brazo de Dios. La rutina y la acomodación se acaban dando siempre, y aun sin ellas el elemento humano nunca va a faltar. Todo eso es obvio y, puesto que es aplicable a todos los tiempos y culturas, no explica nada del portento que vemos aquí y ahora –estos sarcófagos.

¿Por *qué* esculpían una y otra vez a Jonás? (Sí: el rico más ricamente, y el acomodado más anecdóticamente, pero ¿por qué Jonás?). ¿Por qué el agua de la roca, el paso del Mar Rojo, el arca de Noé? ¿Cómo mezclan tan chocantemente los tres jóvenes en el fuego con las bodas de Caná; la historia de Jonás con la multiplicación de los panes? Episodios apócrifos como San Pedro bautizando al carcelero (el milagro ocurrido en la cárcel no fue el poder escapar, sino el que surgiera una corriente de agua a tal efecto) aparecen con el mismo rango que Moisés recibiendo las Tablas de la Ley personalmente de las manos de Dios; con el mismo rango que el propio Padre Eterno que les da a Adán y Eva los símbolos del trabajo...

Impresiona ver cómo la sola contemplación de estas piedras informa de algunas verdades de manera tan táctil, tan inmediata como la propia aquí tantas veces representada hemorroísa esperaba al solo contacto su curación. Nadie tiene ni que explicar, porque lo estamos viendo, la perfecta simbiosis entre los dos Testamentos, y entre ellos y la tradición; la profunda comprensión de lo que significa el bautismo, una gracia tan grande que a su lado el Diluvio Universal y el paso del Mar Rojo son mínimos detalles preparatorios; el hecho de que el temor de Dios, al que se asociaban palabras que hoy no empleamos, como “terrible”, no impidiera una familiaridad que a

su vez, por osada, hoy tampoco concebimos (lo que podría indicar que la banalidad religiosa impide tanto la reverencia como la cercanía); la *divina* intuición que tenían de la eternidad como superación de los límites del espacio y del tiempo, y así tiene toda la lógica el representar a Ezequiel al lado del carcelero bautizado por San Pedro, y a la mujer fallecida mirando cara a cara a Jesús.

Y sobre todo, el feliz asombro sentido ante la resurrección de Jesús, hecho frente al cual la aventura de Jonás no es nada increíble; y una esperanza en la propia tan sólida como el mármol sobre el cual esculpían una imagen del Hijo de Dios con rostro de jovencito.

Multitud de estudiosos ha interpretado, y siguen haciéndolo, la compleja simbología de estos sarcófagos; en ellos hay tantos elementos que constituyen un compendio no ya del cristianismo, sino de todo el mundo antiguo. Pero, aun desconociendo todo esto, un rato de contemplación en esta sala obliga a extraer conclusiones más fundamentales, relacionadas con nuestra propia vida. Más allá del arte y de la iconografía, esta sala nos interpela de manera inquietante...

En nuestros días oímos hablar del peligro de una “cultura de la muerte”. Tal vez fuera más acertado diagnosticar que hay una cultura de la Nada. Pues acaso la palabra “muerte” inconscientemente sugiere lo que no es, es decir, un mundo de velatorios, funerales solemnes, epitafios... y sarcófagos. Un mundo que hoy apenas existe, y que en realidad de lo que habla es de esperanza y de vida. Mientras más intenso y profundo es el amor a la vida, más imposible de imaginar es eso de “la nada”, y más auténticamente se cree y se desea el paso a la eternidad; y el tránsito se rodea de formas y ritos solemnes.

El nihilismo anula el deseo de perdurar, que es lo más característicamente humano que hay (para los prehistoriadores, el rasgo definitorio de que un asentamiento es humano y no de antropoides son los indicios de que enterraban a sus muertos). Entre los cristianos del siglo IV estamos viendo que ese deseo era vibrante. Un Papa de aquella época, como San Dámaso I (+384) posiblemente no hubiera concebido que su sucesor en 2007 tuviera que enfrentarse al problema de que sus fieles, contagiados del mundano aburrimiento existencial, hubieran *dejado de desear* la vida eterna (“magis damnatio videtur quam donatio”, se reconoce en “Spes Salvi”) y tenga que sugerirles que se la imaginen “como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad” (id.). No lo hubiera concebido porque en su momento la Iglesia, envuelta en tentaciones como siempre, llena de riesgos y de desviaciones (era una época de las que llaman de triunfalismo), algo tenía, tan rotundo como el mármol, que en su ingenuidad, por su frescura, a algunos les puede despertar cierta envidia: y es un aplomo en la seguridad de su esperanza, un deseo tan firme de salvación personal, una fe en la otra vida que se manifestaba en forma de curiosidad, deseo, ganas; se la tenía presente, enriquecía ya ésta. El amor a los santos y a los patriarcas era concreto y vivaz, pues se “sabía” que un día podrían conversar con ellos. Lejos de tenerle miedo a la otra vida, nadie quería perdérsela.

Su fe les daba un tono vital más alto que el nuestro. Representaban a Jesús con el rostro imberbe... Confiaban en “la eterna juventud de su bienaventuranza”.

Lo refleja de manera concretísima en Papa Dámaso en el famoso epitafio que redactó para sí mismo, en el que se aseguró de que constara bien claro su nombre (“los llama a todos por su nombre”), en el que manifiesta creer que Aquél que caminó sobre las aguas, Aquél que devuelve la vida a las semillas que mueren bajo tierra, Aquél que deshizo los lazos letales de la muerte tras las tinieblas, Aquél... resucitará “a Dámaso” (*post cineres Damasum facies quia surgere credo*).

Gloria Cruz Moreno
Sevilla, 1 de febrero de 2008

